

LAS OLIMPIADAS



NOVENTA y nueve naciones se disponen a participar en los juegos olímpicos, que esta vez se celebran en el Japón. Este es el balance global de la Olimpiada y su conclusión más importante. No todas estas naciones están en situación de hacer un papel lucido; muchas de ellas no considerarán, sin embargo, derrota el no salir vencedoras del certamen. A muchas de ellas les consta que no ocuparán ninguno de los primeros puestos. Van allí con el simple deseo de jugar, de participar en la deportiva contienda. Su participación es ya su victoria.

Eso es lo bello de los juegos olímpicos: su tradición limpia y simplemente deportiva, su condición de instrumento del entendimiento y de la paz entre los hombres. Pocas dedicaciones resultarían tan propias para ello como la deportiva. En sí misma, ella es ya la antítesis de la guerra. El deporte lo practican los hombres jóvenes —y las mujeres— sin prejuicio de raza o de ideología; lo practican los mismos que, en caso de guerra, deberían tomar las armas. Hay una sola edad para el fusil y para la jabalina. Pero es que, además, el deporte se hace con los elementos sustantivos de la paz. El aire libre, la forma física, el entrenamiento y la puesta a punto para una conclusión competitiva, en beneficio de la simple gloria humana y sin ulteriores resultados, he aquí una noble aspiración. Los millares de participantes de los juegos olímpicos son una "élite", una selección de las juventudes de todo el mundo. Por tanto, unos juegos olímpicos son un modo ilustre de no hacer la guerra. Esos juegos son la concreción misma de la paz.

Por alguna razón, los juegos olímpicos griegos implicaban cada cuatro años un armisticio, para que los atletas y los espectadores tuvieran el tiempo suficiente para sus entrenamientos y para sus desplazamientos. En aquel vasto imperio, o en aquella sociedad fraccionada, no obstante, por conflictos y disensiones internas, los juegos olímpicos representaban una distensión. Así se emplazaba a los juegos en el primer rango de las actividades humanas. La guerra, o las guerras, venían en segundo lugar. No había el menor titubeo en la aplicación de este principio. Puesto que guerra y paz eran entonces el atributo y condición de los dioses, se establecía una especie de escalafón riguroso entre ellas. De lo cual resultaba que el máximo homenaje a los dioses era la celebración de esos torneos por los cuales se instituía la fortaleza y la destreza física en el primado de los valores humanos; como ellas se manifestaban de manera más pura en los juegos, éstos pasaban delante de la guerra y de la discordia. Magnífica matización, que hoy sería útil a los belicosos de todo orden.

Es curioso que en la época de mayor crisis por la que haya pasado la sociedad desde la instauración de los juegos olímpicos modernos haya prevalecido la vertiente simplemente deportiva sobre las derivaciones políticas posibles del acontecimiento. Hubo un grave momento para la institución, que fueron aquellos juegos olímpicos de Berlín en 1936, en los que se corrió el riesgo de que se convirtieran en plataforma de un partido. Pero no fue así. Ciertamente, el espectáculo de aquella Alemania congregada en el estadio no hacía presumir la tremenda catástrofe que Hitler estaba preparando. Algunos de los políticos occidentales del momento se dejaron incluso convencer por la naturalidad de aquella expansión cívica. No hay duda de que el programa de las represiones, de las discriminaciones, de los asaltos y de las expropiaciones estratégicas y políticas estaba ya perfectamente establecido en aquella ocasión en la mente del dictador. Pero en sí mismo, los juegos no transgredieron su simple función deportiva y noblemente competitiva. La lucha interna que sacudía al mundo no estaba todavía preparada para salir a luz. Después de aquello, y tras los años de la contienda, los juegos han vuelto a tener el tono y la calidad que les son propias.

"Vete a Olimpia, que no hay mejor corona para cantar que la olímpica victoria. De Olimpia sale el canto que da gloria", decía Píndaro, en la primera de sus odas olímpicas. Píndaro fue el cantor de los estadios y de las competiciones olímpicas. En sus "Epinicio" canta la gloria de los triunfadores de los juegos. Es impresionante la nobleza y la elevación de esos cantos, que tienen una resonancia moral. En una sociedad tan trabada como

la griega, poesía, música y deporte tenían siempre una repercusión religiosa y suprema. Faltaría hoy, en un mundo que se debate contra —o a favor— de sus hallazgos técnicos, de sus logros extremos, el gran cantor de todo; un Píndaro actual capaz de recoger la cosecha inmensa de este tiempo en versos inmortales.

El mundo se ha ensanchado desde Grecia y apenas si conseguimos hoy quedarnos en pie en la redondez del globo. Pronto los primeros viajeros del espacio se pondrán en marcha, hacia nuevos horizontes. Del pequeño Mediterráneo de las primeras olimpiadas, seiscientos años antes de Cristo, hasta hoy, ha mediado un séquito de luchas y de vaivenes históricos. La próxima olimpiada, dentro de cuatro años, se celebrará al otro extremo del mundo, en Méjico. El mundo entero está implicado hoy en una competición universal para la cual la tierra equivale al pequeño espacio que antiguamente era nuestro mar, hoy acosado por todas esas fuerzas que nacieron de él, más las que quedaron en su periferia. Los rumbos de la vida social se amplifican, pero todos en la dirección preconizada por el barón Pierre de Coubertin, reinventor de las olimpiadas. Los jóvenes atletas que están actualmente en Tokio son conscientes del carácter ecuménico de la competición. También lo somos todos nosotros, los lectores de semejante alarde, los espectadores de la magna concentración. El mundo entero ha abdicado de sus prejuicios; siente hoy un armisticio moral, como en Grecia.

una partícula de paz

Para los que participan en ellas las olimpiadas son en sí mismas un galardón supremo. Representar a su propio país en una competición de ese estilo y volumen es, sea cual sea el resultado que obtenga cada uno, la efemérides por excelencia de una vida. Integrarse en la "élite" de esos diez mil atletas es una justificación definitiva.

Alrededor de esos millares de hombres y de mujeres jóvenes que forman el entramado de la competición se van a mover —se están moviendo ya— las docenas de millares de gentes que acuden a las olimpiadas como reflejo de los protagonistas; cuidadores, entrenadores, periodistas, locutores, críticos, etc. Existe en todo el mundo un hambre de la noticia, del resultado, una aspiración a conocer en seguida las marcas y los datos de cada competición. Y luego, los centenares de millares de gentes que presenciarán la competición en sus distintas fases. La reventa de las localidades para las grandes pruebas fue tan extraordinaria que, en los primeros días, las colas que se formaron a la puerta de las taquillas alcanzaban en Tokio varios kilómetros de longitud. El mercado negro de estos boletos ha inundado el mundo entero. También en este renglón la capacidad multitudinaria y el frenesí son, en proporción, semejantes al maremágnum y a la agitación de los griegos en semejantes circunstancias.

Sólo una cosa ha cambiado, pues: la dimensión del mundo. La tierra en que vivimos ha multiplicado sus distancias, aunque hoy se tarde menos en instalarse en Tokio que antaño en recorrer las tierras del Peloponeso. Cada uno de los hombres que irán a Tokio, que están ya allí, habrá tenido noción de esa mudanza. Pero el hindú, el australiano, el francés o el norteamericano que se traslade al Japón en estas calendas no está más lejos de los juegos que la mayoría de los griegos de antes. Los medios de comunicación y de transmisión nos acercan los juegos a todos de manera que podamos seguirlos desde cualquier parte del globo, día por día, minuto a minuto, sin prevención y sin molestia.

Los juegos olímpicos están, pues, en el centro mismo de nuestra cultura y de nuestra civilización, instalados en el centro de nuestro tiempo no sólo por su significación pacifista y unificadora, sino por la urgencia y el pormenor de la noticia que de ellos nos llega. Forman parte de nuestra propia vida. Los resultados de una competición, la victoria de una nación sobre otra, la fracción de segundo que modifica un resultado, el "record" recién obtenido, todo ello son partículas de nuestra propia estructura mental y moral. En realidad no es decisivo para la humanidad que un nadador arranque al tiempo unas milésimas y perfeccione así los resultados de una prueba; pero sentimos de algún modo que eso es importante para nosotros. Es importante porque esa fracción de segundo es una fracción casi inabarcable de tiempo que desglosamos de la guerra y de la lucha, y que, no sólo el vencedor, sino todos los vencidos, venimos a añadir a la paz.